

Juan Crisóstomo

SOBRE LA LIMOSNA

I

Las personas, llamadas a dar lo que tienen

Cada uno de vosotros tiene esposa, se preocupa de sus hijos, piensa en las necesidades de la casa. Algunos son militares, otros artesanos, y cada uno está ocupado en diversos servicios. Yo, en cambio, no vivo más que de esto, y no tengo otro pensamiento y otra ocupación que ésta, en todo momento. No tengo palabras sino para alabar vuestro empeño, ya que todos los domingos venís a la iglesia a pesar de tener que desentenderos de vuestras ocupaciones. Esta es la alabanza más grande que merece nuestra ciudad, y no el bienestar, ni la preocupación del negocio, ni los palacios y los cargos, sino un pueblo empeñado y siempre vigilante. La bondad del árbol se la reconoce por los frutos, no por las hojas. La liturgia de la palabra nos une, y cuando intentamos el diálogo entre unos con otros, ejercitamos el don de la palabra y esto nos convierte en seres superiores, en dignidad, a los mudos animales.

Quien no amase razonar, por tanto, demostraría que más que hombre es un animal privado de la razón, que ignora el privilegio que le da aquello de lo cual habla el profeta: “El hombre, siendo un ser honorable, no comprende nada, y es como los animales irracionales, semejantes a ellos”. Y si no, decidme por qué el hombre, dotado de palabras, no quiere usarlas. Con todo, hoy no quiero regañaros, sino dirigirme a los que habéis venido volado, y dejando multitud de necesidades, para escuchar hablar de la virtud. Lo haré en íntimo familiar diálogo, posponiendo cualquier cosa a la divina palabra.

II

La limosna, uno de los caminos de la penitencia

Entremos más bien en argumento, empezando de cuanto os he dicho en otra ocasión. Tengo que hacerlo y lo hago con mucho gusto, porque no me empobrece sino que me enriquece.

En los negocios, aquel que da dinero prestado huye de quien se lo pide. Yo en cambio, no hago más que seguir detrás de todos para dar. En efecto, mientras en los negocios, el dar empobrece, en el servicio de la palabra, el dar enriquece. Si doy dinero a alguno, no lo tengo más en mi poder, porque ha pasado de mis manos a las de otro. Cuando, en cambio, os comunico mi palabra, ésta permanece en mí, mientras todos os posesionáis de ella. Si no la comunico, encerrándola en mi mismo, yo soy pobre. Si la trasmito, la comunico a otros, y me hago más rico. No comunicándola, permanezco rico yo solo. Si os la hago partícipe, recogeré el fruto junto a todos vosotros.

¿Puedo, ahora, restituiros lo que os debo? ¿Qué cosa? El discurso que os facilite la vía de la salvación, aquél sobre la práctica de la penitencia, de la cual, el otro día, os exponía sus muchos y variados caminos. Si Dios, en cambio, hubiera concedido una sola vía de penitencia, podríamos rechazarla, disculpándonos de que no estamos en condiciones de recorrerla, y por tanto, de no poder salvarnos. Por eso él ha querido eliminar tal excusa, facilitando a todos el camino del cielo, dándonos no una, dos o tres, sino una gran cantidad y variedad de vías.

III

La limosna, camino directo de salvación

Ahora, continuemos avanzando, y hablemos de la cuarta vía de penitencia. ¿Cuál? La limosna, reina de las virtudes, que fácilmente levanta a los hombres hasta las esferas del cielo, haciéndose nuestra mejor abogada. La limosna es tan sublime que Salomón la exaltó de esta manera: “Gran cosa es el hombre, pero preciosa la persona que tiene misericordia” (Prov 20,6). La misericordia tiene tan grandes alas que perfora el aire, va más allá de la luna, sobrepasa los rayos del sol y llega hasta la bóveda celestial, más allá de los arcángeles y de toda potestad superior, para ubicarse, por último, ante el trono del Rey. Lo enseña la Escritura misma, con aquella expresión: “Cornelio, tus limosnas y tus oraciones han llegado ante la presencia de Dios” (Hch 10,4). Aquella “presencia ante Dios” te dará confianza aunque hayas pecado mucho, porque la limosna será tu mejor abogada.

No resiste a la limosna ningún poder de lo alto; te hará restituir lo que te es debido, tiene en sus manos lo escrito, por lo cual el Señor mismo se obliga con explícita declaración: “Quien haya hecho esto a un solo de los más pequeños, lo habrá hecho conmigo” (Mt 25,40). Por tanto, tu limosna tiene más peso que cuantos pecados puedas haber cometido.

IV

La limosna, simbolizada en el aceite de las diez vírgenes

¿No ves en la parábola evangélica de las diez vírgenes el ejemplo de quien, habiendo practicado la virginidad, quedó fuera de la sala nupcial por no haber practicado la limosna? Dice: “Habían diez vírgenes, de las cuales cinco eran necias y cinco prudentes” (Mt 25,2). Las prudentes se habían provisto de aceite. Las necias, desprovistas de él, dejaron apagar sus lámparas, y por eso dijeron a las prudentes: “Dadnos un poco del aceite de vuestros vasos” (Mt 25,8). Me cubro de rubor, y me vienen ganas de llorar, al escuchar que las vírgenes, después de tanta práctica de ascesis virginal, con un cuerpo ya alado en vuelo al cielo, en competencia contra las mismas potestades superiores, en lucha contra los ardores más insostenibles, y después de haber pisoteado el mismo fuego del placer, por último hayan sido llamadas *necias*. Y bien dicho, *necias*, porque después de haber hecho lo más, se han dejado vencer en lo menos.

Continúa el evangelio diciendo que las necias dijeron a las prudentes: “Dadnos del aceite de vuestros vasos”. Pero éstas respondieron: “No podemos, no sea que nos falte a nosotras y a vosotras” (Mt 25,8-9). No actuaron, entonces, por falta de piedad o por maldad, sino porque en breve tiempo llegaría el novio. Aquellas tenían, como las otras, las lámparas, pero no el aceite. Es decir, tenían el fuego de la virginidad, pero sin el aceite de la limosna. Si no se vuelca aceite en la lámpara, el fuego se apaga, y si no se practica la limosna, la virginidad desaparece. Así, unas dicen “dadnos del aceite de vuestros vasos”, y las otras dicen “no podemos daros”. Esto no lo decían por maldad, sino por temor, “para que no venga a faltar a nosotras y a vosotras” (Mt 25,9), como si dijeran: No sea que, al intentar introducirnos a vosotras, nos quedemos nosotras fuera. Así pues, id a comprar a los vendedores.

¿Quién vende este aceite? Los pobres que están sentados delante de la Iglesia, pidiendo limosna. ¿Cuánto hay que dar? Lo que creas. No propongo cuánto para que no encuentres una disculpa en tu imposibilidad de dar. Gasta cuanto quieras. ¿Tienes un óbolo? Con tal precio se compra el cielo. No porque el cielo valga tan poco, sino porque tal es el precio asignado por la misericordia del Señor. ¿No tienes tampoco un óbolo? Dona un vaso de agua fresca, pues “quien haya dado aun un solo vaso de agua fresca a uno de estos pequeños por mí, no perderá su recompensa” (Mt 10,42).

El trato pactado en este negocio es el cielo, y nosotros no nos preocupamos. Da pan y recoge el paraíso, da poco y recibe mucho, cambia las cosas mortales por las inmortales, da lo que es corruptible y conquista lo incorruptible. Imagínate el ejemplo de un gran mercado, abundantemente provisto, donde a bajo precio y por poco se puede comprar mucho. ¿Dejarías escapar tal ocasión, a costa de vender lo vuestro y ubicando en segundo lugar toda otra cosa? Tanto empeño demostráis si se trata de cosas corruptibles, y ¿sois tan despreocupados y perezosos cuando se trata de un negocio que tiene consecuencias eternas?

Da al pobre, porque así, cuando tengáis que callar, se abrirán para defenderos miríadas de bocas, y la limosna hecha por ti se constituirá en tu defensa, y la limosna rescatará tu alma. Así como a las puertas de la iglesia están los aljibes llenos de agua para el lavado físico de las manos, así también ante la iglesia están los pobres para la ablución de las manos del alma, ¿Has lavado en esta agua las manos de tu cuerpo? Lava en la limosna las manos del alma, y no traigas disculpas de tu indigencia.

Estaba en extrema penuria la viuda que hospedó a Elías, pero la pobreza no le impidió acogerlo con gran alegría. Por eso pudo recoger también los debidos frutos, y cosechar las espigas de la limosna. Acaso, oh oyente, me objetarás: Hazme encontrar un Elías. Te contesto: ¿Por qué vas buscando un Elías? Si se presentase Elías, seguro que lo hospedarías. En cambio, te presento al Señor de Elías (al pobre), y ¿no te preocupas en darle de comer? Lo ha declarado Cristo, Señor de todo: “Quien lo haya hecho a uno solo de estos más pequeños, lo ha hecho conmigo” (Mt 25,40).

Imaginad que un rey invita a uno a un banquete, y dice a aquellos que están para servir: Agradecedle mucho de mi parte, pues él me ha dado de comer y me ha hospedado cuando lo necesité, y me benefició cuando me encontraba en estrecheses. ¿Acaso cada uno no daría todo el dinero de su bolsa a aquél hacia el cual el rey es tan agradecido? ¡Cómo no!

V

Necesidad del aceite, y de la limosna

¿Habéis comprendido el significado del discurso? Lo que tiene tanto valor para un rey de la tierra, ¿no pensáis que lo tenga también para Cristo en aquel día, en el cual nos convocará delante de los ángeles y todas las virtudes?

Recuerda las palabras: Él, en la tierra me ha hospedado, me ha beneficiado infinitas veces y me ha recibido como peregrino. Piensa también en la completa alegría delante de los ángeles, y en el honor que tendrías ante los habitantes del cielo. ¿Cómo podría, quien recibe testimonio de Cristo, no gozar una felicidad superior a la de los ángeles?

Gran cosa es la limosna, oh hermanos. Tengámosla en aprecio. No hay cosa que la iguale. Ella es capaz de cancelar los pecados de otros, ella aleja el riesgo del juicio y se constituye en tu abogada. Cuando tú no puedas hablar, y debas callar, miríadas de bocas se abrirán para agradecerte. Si son tan grandes los beneficios de la limosna ¿cómo no le damos importancia, y faltamos gravemente contra ella?

VI

La virginidad como limosna

Da el pan según tu posibilidad. ¿No tienes pan? Da un óbolo ¿No tienes óbolo? Da un vaso de agua fresca. ¿No lo tienes? Lloras con quién está afligido (Rm 12,15) y tendrás la

recompensa. El premio no se mide por el estado de necesidad, sino por la libre voluntad. Pero volvamos al argumento de las vírgenes.

Distraídos por este otro argumento, nos hemos alejado del de las vírgenes. Volvamos a leer el texto citado. “Dadnos un poco del aceite de vuestros vasos”, dijeron las necias, y las prudentes: “No os lo podemos dar, para que no venga a faltarnos a nosotras y a vosotras, más bien id a los vendedores y comprad”. Entonces, “mientras fueron a comprar el aceite llegó el esposo, y aquellas que tenían las lámparas encendidas entraron con él, y se cerraron las puertas de la pieza nupcial” (Mt 25,10). Vinieron luego las cinco necias, y golpearon la puerta de la pieza nupcial, gritando: “Abridnos”. Pero el esposo hizo escuchar su voz, desde el interior, diciendo: “Lejos de mí, no os conozco” (Mt 25,11-12). He aquí qué cosa oyeron las vírgenes, después de haberse fatigado tanto: “No os conozco”.

Piensa en estas palabras, que nos vienen a decir que por nada, e inútilmente, habían realizado la gran conquista de la virginidad. En efecto, se les cerraron las puertas después de tanta fatiga, frenando los sentidos. Habían luchado con las potencias del cielo, despreciando las cosas del mundo. Habían superado los ardores pasionales, vencieron todo obstáculo, vigilaron el cuerpo, salieron en vuelo de la tierra al cielo. Cuando ya habían conquistado el privilegio de la virginidad (en competencia con los ángeles), y cuando pisotearon los instintos congénitos, y cuando olvidaron las inclinaciones naturales, y cuando cumplieron con el cuerpo gestas superiores al cuerpo, y consiguieron la conquista grande e insuperable de la virginidad... entonces escucharon decir al Señor: “Alejaos de mí, no os conozco”.

Veis que sólo es grande la virginidad si está unida, como hermana, a la limosna. Sólo entonces no hay nada que temer. Aquellas, por no haber practicado la limosna junto a la virginidad, no pudieron entrar. Esto debe provocarte una gran vergüenza, oh virgen, victoriosa sobre los placeres, porque no has despreciado las riquezas. Retirada del mundo, te has apegado a los bienes, en lugar de estar pegada a la cruz. Si hubieras deseado a un hombre, no te habías hecho responsable de tanta culpa, porque en tal caso habrías deseado un ser de tu naturaleza. Aquí, en cambio, estás acusada de haber deseado cosas distintas de un hombre.

Las mujeres que están en poder del marido se muestran, a veces, inhumanas, con la excusa de los hijos, y si se les pide una limosna responden: “No puedo, tengo mis hijos”. En efecto, los hijos se los concedió Dios, pero no para que sea inhumana, sino para que se mostrara benévola en todo, no haciendo del amor humano un pretexto para ser inhumana. Si quieres conquistar muchos bienes, para dejar en herencia a tus hijos, adquiérellos con la limosna, para ganar un buen nombre y dejar a todos buena memoria tuya. En cambio tú, oh virgen, que no tienes hijos y estás crucificada al mundo, ¿haces acopio de riquezas?

VII

La limosna como hábito, y no acción accidental

Nuestro discurso quería centrarse en aquella vía vital de la penitencia que es la limosna. No obstante, al hablar de la gran adquisición que nos hace conseguir la limosna, me he dejado absorber del mar de la virginidad. Queda firme cuanto te dije, sobre ¡qué gran vía de penitencia es la limosna, capaz de redimir de las cadenas de los pecados!

La limosna, hermanos, es el camino de penitencia más fácil, y puede libraros de los pecados de forma más suave. Haced limosna en cada momento, no os canséis de dar limosna y no seáis negligentes en invocar la benignidad de Dios. Si perseveras, él no se alejará y perdonará todos tus pecados, escuchando tu pedido. Después que tu limosna haya sido escuchada, sigue dando limosna en acción de gracias, y continúa insistiendo en la limosna.

No objetes: Yo he dado mucho, y no soy escuchado. Esto sucede a menudo para tu utilidad, pues si hubieras ya obtenido cuanto necesitabas, habrías abandonado la limosna, mientras Dios parte de tu necesidad para darte la ocasión de dialogar más a menudo con él y perseverar en ella.

Si teniendo tantas necesidades, y encontrándote en tan mal momento, eres tan indolente y no perseveras en la limosna, ¿qué sucedería si no tuvieras ninguna urgencia? Es para tu beneficio, por tanto, que él se comporte así. Persevera en la limosna y no seas indolente, porque la limosna es muy potente, mi querido. Y no te pongas a ejercer la caridad, como si fueras a cumplir una cosa de poca importancia.

Que la limosna perdona los pecados, nos lo enseñan los santos evangelios. ¿Qué dicen? “El reino de los cielos es semejante a un hombre, que cerrada la puerta y yéndose a dormir con sus hijos, tuvo que vérselas con uno que había venido de noche a pedirle pan” (Lc 11,5-8). Golpeando decía: “Ábreme porque necesito pan”; y aquél: “Ahora no puedo dártelo, porque yo y mis hijos estamos acostados”. Como el otro continuaba golpeando la puerta, el dueño de la casa, replicó diciéndole: “No puedo darte lo que pides, porque yo y mis hijos estamos acostados”. Pero el otro, a pesar de la negativa, insistía en golpear sin retirarse. Al final, Jesús dijo: “Levantaos, dadle lo que pide y dejadlo que se vaya” (Lc 11,8). Esto te enseña a dar limosna siempre, sin cansarte jamás, y a perseverar si no recibes, hasta que lo obtengas.

Entre las muchas y diversas vías para la salvación, de las cuales habla la Escritura antes de la venida de Cristo, y el mismo Cristo, encuentras también la limosna.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA